

CRISTIANDAD



61

RAZON DE ESTE NUMERO

Dedicamos el presente número a la figura del Cardenal inglés Juan Fisher, otra recia personalidad católica que resistió a la persecución religiosa de Enrique VIII con el sublime gesto del martirio. Y decimos «otra» recia personalidad porque no ha mucho que un número de nuestra Revista vióse honrado con la presencia espiritual de Santo Tomás Moro, compañero de San Juan Fisher en el martirio.

Ejemplos como éstos, en los tiempos agitados que enturbian actualmente la Historia, son dignos no sólo de tenerse en cuenta, sino además de ser apreciados en todo su valor. Precisamente Juan Fisher no es tan conocido como para que podamos suponer una viva presencia en la mente y en el corazón de todos. Su oposición al cisma — tremenda escisión que gravita intensamente sobre este nuestro mundo de ahora — merece, como la de Santo Tomás Moro, vivir, y no fugazmente, en las páginas de CRISTIANDAD.

El **Editorial** lleva por título: **Un obispo mártir poco conocido: San Juan Fisher.**

Siguen a continuación los artículos:

Homilia de S. S. el día de la canonización de San Juan Fisher, (pág. 342); **El protestantismo padre del totalitarismo**, por Jaime Balmes (pág. 342); **Prudencia y energía de los Papas en los orígenes del cisma de Inglaterra**, por M. Aragonés Virgili (págs. 343 y 344); **San Juan Fisher**, por J. M. Martínez-Mari (páginas 345 a 347); **La Oración de San Juan Fisher** (pág. 348); **Ribadeneyra y el cisma de Inglaterra** (páginas 348 y 349); **La gloriosa espada de San Ignacio de Loyola, II**, por el P. Juan Creixell, S. J. (págs. 350 y 351); **El catolicismo de Bolívar**, por José Ignacio Vernaza (págs. 352 a 354); **La conspiración del silencio**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 354 y 355); **Nota bibliográfica**, por Francisco Bona, S. J. (pág. 356).

Cierra el número el acostumbrado **Noticiero quincenal.**

Los dibujos que ilustran el presente número son originales de Ignacio M.^a Serra Goday.





Anuncie Ud. en

CRISTIANDAD

Semanario
MISION

REVISTA DE ACTUALIDAD MUNDIAL

Número suelto 1 peseta

Precios de suscripción:

Anual . . . 45.— pesetas

Semestral. . . 22.50 „

Trimestral . . 11.25 „

Extranjero: 70, 35 y 17.50 Ptas.

Cruz, 1 - MADRID

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual 48'00 ptas.

Semestral 24'00 »

Número ordinario: 2'50 ptas.

CRISTIANDAD

NÚMERO 61 - AÑO III

REVISTA QUINCENAL

Diputación. 302, 2.º, 1.º - Telef. 22446

BARCELONA

1 Octubre de 1946

Cruz, 1, 1.º - Teléfono 25676

MADRID

Un obispo mártir poco conocido: San Juan Fisher

El cisma de Inglaterra no puede por menos de interesar a *CRISTIANDAD*. Un mundo de temas sugestivos se evocan con el solo nombre: cisma de Inglaterra. Alrededor de un rey lujurioso y de cortesanos aduladores y miedosos que se doblegan a su pasión, se yerguen figuras de reciedumbre legendaria. Durante años y años los golpes del poder real se abaten sobre miembros católicos que resisten y triunfan al subir al cadalso. Luchan los Césares y las cancillerías intrigan. Roma defiende los principios fundamentales de nuestra moral y de la organización de la Iglesia militante. Excomuniones y descuartizamientos en réplica. Todo ello aboca a la separación de la Inglaterra oficial del Cuerpo Místico de la Iglesia. Desde 1534 las brumas londinenses oscurecen también la visión de los espíritus y sólo pocas almas selectas logran sobrevolar las nieblas atraídos por la luz sobrenatural de Roma.

CRISTIANDAD, en su número 51, se fijó con predilección en la figura de Santo Tomás Moro, uno de los mártires de las persecuciones contra la fe católica promovidas durante el inicio del Cisma. Insistiendo sobre el mismo tema, en el presente número es San Juan Fisher, obispo de Rochester, confesor de Enrique VII, «el más docto teólogo de cuantos en vida había conocido» en opinión de su verdugo Enrique VIII, la personalidad que atrae hoy la inquietud de la revista.

Siempre la lección de las persecuciones sufridas por nuestros hermanos y mayores, ha sido del mayor provecho, como desarrolla Ribadeneyra, con su clásico estilo, en páginas que hemos traído a este número, y si es cierto que a tiempos duros, hombres fuertes, como no cabe duda que los robles del Cristianismo son sus mártires, es obvio que en 1946 dirijamos nuestros ojos a ellos.

Fisher, como Moro, resistió la general apostasia de las gentes de su siglo y, aislado en la Torre de Londres, soportó el encierro y el degüello sin claudicar jamás.

Porque aun cuando indudablemente los tiempos son tristes, no ha sido privilegio sólo del siglo XX el sacrificar airadamente a los obispos católicos, pastores de la grey cristiana. Los trece obispos españoles glorificados por mano de las turbas en nuestro suelo durante la pasada guerra, recibieron seguramente el beso de paz que les dió al encontrarse en el cielo el otro obispo inglés Juan Fisher, cuya venerable cabeza privada de su mortificado cuerpo fué expuesta al público ludibrio en la V.ª centuria del presente milenio.

Indudablemente la Cristiandad quedó herida por el golpe inflingido por el Cisma. Sus consecuencias las estamos tocando aún hoy día, como puede deducirse al considerar la importancia del mundo anglosajón, en su mayoría protestante por obra y desgracia de Enrique VIII, y aun más si tenemos en cuenta que, hijos y nietos del protestantismo son el liberalismo, el comunismo y los demás totalitarismos, plaga del mundo actual.

La figura de San Juan Fisher no ha sido tan aireada como la de su compañero de martirio y de canonización Santo Tomás Moro, que en boca incluso de comunistas y socialistas ha alcanzado cierta y pagana popularidad.

CRISTIANDAD dedica a San Juan Fisher el presente número, ansiando que su figura sea más conocida y que el testimonio que dió de acatamiento al Pontífice de Roma, de entereza en sus propias convicciones y de integridad de vida, sea valorado debidamente por los católicos que a cuatrocientos años de su decapitación cruenta, se encuentran en un mundo en muchos aspectos peor que el de Enrique VIII.



Homilia de Su Santidad el día de la canonización de San Juan Fisher

Juan Fisher, regalado por la naturaleza con la más gentil disposición, versado en disciplinas sagradas y profanas, tan distinguido entre sus contemporáneos por su sabiduría y virtud, que bajo el patrocinio del propio Rey de Inglaterra, fué elegido obispo de Róchester. En el desempeño de este alto cargo, tan ardiente era en la piedad hacia Dios y en la caridad hacia sus vecinos, y tan celoso en la defensa de la integridad de la doctrina católica, que su residencia episcopal parecía más una iglesia y una Universal que una casa particular.

Frecuentemente afligía su delicado cuerpo con ayunos, disciplinas y cilicios; nada le fué más caro que poder visitar a los pobres para confortarles en sus miserias y socorrerles en sus necesidades cuando encontró a alguno aterrorizado por el pensamiento de sus faltas y temeroso por el castigo venidero, él trajo consuelo a su alma restaurándole la confianza en la bondad de Dios. Frecuentemente cuando celebraba el Sacrificio Eucarístico, se le vió derramar abundantes lágrimas, mientras sus ojos se elevaban al cielo en expresión estática de amor. Cuando hablaba a las multitudes de creyentes que se aglomeraban a su alrededor para escucharle, no parecía un hombre, sino casi un ángel de Dios vestido con ropas humanas.

Sabéis bien, hermanos, la razón por la que Juan Fisher fué llamado a juicio y obligado a sufrir la suprema prueba del martirio. Lo fué a causa de su valerosa determinación de defender el sagrado lazo del matrimonio cristiano, un lazo indisoluble para todos, incluso para aquellos que llevan la diadema real, y de vindicar la primacía con la cual los Romanos Pontífices son investidos por orden divina. Esto es por lo que fué encarcelado y más tarde llevado a la muerte. Serenamente avanzó hacia el cadalso y con las palabras del Te Deum en sus labios, rindió gracias a Dios por haberle sido concedida la gracia de tener su vida coronada con la gloria del martirio, y elevó hacia el trono divino una ferviente plegaria de súplica para él mismo, por su pueblo y por su Rey. Así dió otra evidente prueba de que la Religión Católica no amengua, antes acrece el amor a la propia nación. Cuando finalmente subió al cadalso mientras un rayo de sol trazó un halo de esplendor alrededor de sus venerables cabellos grises, exclamó con una sonrisa: "Accedite ad eum, et illuminamini; et facies vestrae non confundentur" (Ps. XXXIII, 6). Seguramente los huéspedes del cielo, ángeles y santos estallaron en gozo al encontrarse con su santa alma libre al fin del peso del cuerpo y volando hacia las alegrías eternas."

(Osservatore Romano, 20-21, marzo 1935.)

El protestantismo padre del totalitarismo

"El Protentantismo atacando la potestad espiritual de los Papas y pintando sin cesar con negros colores los peligros de lo temporal, aumentó hasta un grado desconocido las pretensiones de los reyes; mayormente estableciendo la funesta doctrina de que la suprema potestad civil tenía enteramente bajo su dirección todos los asuntos eclesiásticos, y acusando de abuso, de usurpación, de ambición desmedida, la independencia que la Iglesia reclamaba fundándose en los Sagrados Cánones, en el mismo reconocimiento de las leyes civiles, en las tradiciones de quince siglos y principalmente en la augusta institución del Divino Fundador, que no hubo menester la permisión de ninguna autoridad civil para enviar a sus apóstoles a predicar el Evangelio por todo el Univer-

so, y a bautizar en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Basta dar una ojeada a la historia de Europa del tiempo a que nos referimos para conocer las desastrosas consecuencias de semejante doctrina y cuan agradable se hacía a los oídos del poder, lisonjeado nada menos que con la concesión de facultades ilimitadas, hasta en los negocios puramente religiosos. Con esta exageración de los derechos de la potestad civil, que coincidía con los esfuerzos para deprimir la autoridad pontificia, debía tomar incremento la doctrina que procuraba equiparar bajo todos los aspectos la potestad de los reyes a la de los papas."

(JAIME BALMES. "El protestantismo comparado con el catolicismo." Barcelona, 1934. Vol. II, pág. 198.)

Prudencia y energía de los Papas en los orígenes del cisma de Inglaterra

Si la prudencia tiene fama de ser virtud de gobernantes hábiles, está claro que habían de brillar en el ejercicio de esta virtud los hábiles y virtuosos Pontífices del siglo XVI que hubieron de sufrir las primeras y graves consecuencias de la traición de Enrique VIII. Porque es hora ya de decir que el cisma de Inglaterra, con sus hondas y terribles repercusiones en el porvenir religioso-político-social de Europa y aun del mundo entero, no nació del error —que puede excusarse como extravío de la mente bien intencionada—, ni de la subversión popular —que tal vez tenga una atenuante en la irresponsabilidad de las masas ignorantes—, ni del resentimiento de una comunidad o de un grupo —que a tantas otras defecciones dió lugar—, sino que fué, lisa y llanamente, la obra de un hombre orgulloso y apasionado, dispuesto a sacudirse el yugo de la autocracia divina, prescindiendo de su Vicario en la tierra, aun a trueque de cometer una blasfemia abominable y una alevosa traición.

Que ello se produjese en el siglo XVI, mientras la subversión protestante agitaba el viejo solar de la civilización cristiana, y que, a la larga, la inicial traición degenerase en herejía, sumando crimen sobre crimen, no son sino circunstancias secundarias del fenómeno, que como todo fenómeno histórico acaba por subordinarse a las condiciones de lugar y tiempo, adoptando las formas propias del "hic et nunc" en que se produce.

Ya por entonces empezaba a dar sus frutos en la Europa resquebrajada y convulsa, la semilla individualista y anárquica del Renacimiento, que antaño pretendiera sustituir al Papado por el Concilio en el gobierno de la Iglesia Universal. Roma, la Ciudad sagrada del Imperio y del Pontificado, donde confluyen el sentido clásico del orden y del derecho, con el ansia ecuménica y misional de la verdad cristiana, era entonces, como ahora, blanco preferido de todos los odios desintegradores y de todas las maniobras secesionistas. Por doquiera, se atentaba contra la organización jerárquica de la Iglesia, fundamento sobre el que se asienta el Pontificado Romano, como Cabeza visible sobre el cuerpo de la Cristiandad.

Políticamente, en la nueva situación creada en Italia por la debilitación del poder imperial, el Estado de la Iglesia, para sostenerse, tenía que ser una potencia entre potencias. Había desaparecido de la faz del mundo la organización etnárquica del Medioevo. Todos los poderes, grandes y pequeños, que en la estructura medieval constituían la "universitas christiana" bajo el señorío espiritual del Papa y el imperio político del César, se habían convertido en fuerzas independientes con vida y voluntad propias. Y los grandes Estados nacionales de España, Francia e Inglaterra, todos cerrados en sí mismos, estaban gobernados por jóvenes y fuertes soberanos, ansiosos de poder, de gloria y de grandeza.

No puede reputarse por completo ajena a la marcha futura de los acontecimientos, la circunstancia realmente curiosa de que Enrique VIII, Francisco I y Carlos V, los tres soberanos más poderosos del Occidente europeo, subieran al trono de sus mayores casi simultáneamente en In-

glaterra, Francia y España, cuando ninguno de ellos había cumplido todavía los veinticuatro años de edad. Hay en la Historia de Europa, durante aquellos años de lucha incesante, algo de la irreflexión, de la acometividad, del brillo y de la ligereza de la juventud. Algo que sin duda habría acabado por hundir a Europa en el abismo de la desintegración, del caos y de la guerra, en un espectáculo a la vez grandioso y terrible de fausto exterior y de íntima pobreza, si en medio de tantas rivalidades y luchas intestinas, no perviviese aún, tenazmente defendida por los Papas, la idea del "unum corpus christianum" que diera al mundo largos siglos de paz y de grandeza.

A pesar del poco edificante espectáculo que ofrecía el Occidente europeo, en él había de apoyarse el Pontificado para proseguir con alguna garantía de éxito afortunado su lucha multiseccular contra los enemigos de la Fe. Alzabase en Oriente un poder cada día más coherente y más temible, que había invadido extensos territorios cristianos, llegando en sus audaces correrías de rapiña hasta las mismas comarcas austríacas. Y todo el centro y norte de Europa había de ser durante largo tiempo, ancho campo de batalla donde se desarrollarían a placer los fermentos de disociación sembrados por el protestantismo.

Por desgracia, las exhortaciones del Papado a los Príncipes católicos de Occidente para que uniesen sus fuerzas en la guerra contra los turcos, a menudo fueron desoídas. El Emperador, demasiado atento a su rivalidad con Francisco I, no pudo intervenir eficazmente en los asuntos religiosos de Alemania. Y el Rey de Francia, en lugar de hacer honor a su dignidad de Rey Cristianísimo, demostró mayor empeño en abatir la hegemonía de Carlos, aunque para intentarlo hubiera de aliarse con el Turco, que en defender la causa de Cristo combatiendo a los enemigos de su Cruz.

Por esto, cuando León X —aquel Papa de la gran familia de los Médici que hubo de asistir al nacimiento de la pseudorreforma— recibió de Enrique VIII de Inglaterra, un libro intitulado "Assertio septem sacramentorum", en el que se combatían los errores de Lutero, el Papa concedió a los lectores de la obra "diez años y diez cuarentenas de indulgencia" y honró a su regio autor con el título hereditario de Defensor de la Fe. Véanse a continuación las palabras del Breve Pontificio: "Y mandamos a todos los fieles cristianos que nombren con este título a vuestra majestad, y que cuando le escribieren, añadan después de la palabra Rey, Defensor de la Fe. Y cierto que no habemos podido hallar otro título más excelente, ni más digno y conveniente para vuestra majestad, considerando sus merecimientos; el cual todas las veces que le oyere, y leyere, se acuerde de su propia virtud y glorioso merecimiento, no para engrandecerse con este título, ni ensoberbecerse y desvanecerse con él, mas para ser más humilde y más fuerte y constante en la fe de Cristo y en la devoción de esta Santa Silla, de la cual ha sido sublimado, y para gozarse en el Señor (que es dador de todos los bienes), y alegrarse de dejar a sus sucesores esta perpetua e inmortal memoria y blasón de su gloria, enseñándoles con su ejemplo cómo le han de imitar,

y hacer otras obras semejantes, si quieren ser honrados y ensalzados con semejante título. Dado en Roma junto a San Pedro, a 27 de septiembre del año de la Encarnación del Señor 1521, noveno de nuestro Pontificado”.

Enrique, que hasta entonces se había mostrado siempre hijo fiel y sumiso de la Iglesia, era muy versado en Sagrada Teología por haberla estudiado, en vida de su hermano Arturo, mientras se preparaba para desempeñar el Arzobispado de Canterbury. Pero, de todos modos, debió escribirlo con inspiración y ayuda de alguno de sus consejeros, tal vez San Juan Fisher o el Cardenal Wolsey. Nadie, en aquellos momentos, podía siquiera sospechar que este mismo Enrique, honrado por el Vicario de Cristo con el título de Defensor de la Fe, había de ser dentro de pocos años, por causa de la Fe, motivo de grave preocupación para el Vicario de Cristo.

La supuesta nulidad del matrimonio de Enrique con Catalina, viuda de su hermano Arturo e hija de los Reyes Católicos, había de ser motivo causal de la lucha entablada con el poder pontificio, que acabó por separar de la obediencia romana uno de los más poderosos reinos del Occidente cristiano. Y es curioso observar cómo Enrique, que se preciaba de buen teólogo, no empezó a sentir escrúpulos sobre la validez de la dispensa concedida por Julio II, hasta que los encantos de una dama de la Corte avivaron sus deseos de tener el hijo varón que Catalina no le había dado. Por desgracia, encontró en seguida cortesanos y teólogos dispuestos a apoyar su pretensión. Y quienes no mostraron tal disposición de ánimo a cometer una abominable felonía, fueron muy presto alejados de la Corte tan luego la pasión de la lujuria se enseñoreó de la voluntad del soberbio e impetuoso Monarca.

Hallábase Clemente VII en Sant Angelo, prisionero del Emperador, cuando recibió la demanda de nulidad del matrimonio de Enrique con Catalina, y la subsiguiente petición de dispensa para casarse con Ana Bolena, cuya hermana mayor había tenido relaciones con Enrique. No eran las circunstancias muy a propósito para que el Pontífice se produjese con libertad, dado el interés marcado del Emperador en favorecer la causa de su tía. Sin embargo, Clemente demostrando una independencia moral solo posible en el Vicario de Cristo, prometió mandar estudiar maduramente el asunto, y para el caso de que se pudiera probar la validez de la dispensa, llegó a dar esperanzas al Rey. En 1528 envió a Inglaterra, como legado para entender en el asunto, al cardenal Campeggio.

Con exquisita prudencia, el Pontífice dió instrucciones a su legado para que difiriese el asunto, en tanto no recobrase la libertad y pudiera conocer personalmente el resultado del proceso. Por ambas partes se realizaron interminables negociaciones cerca de la Santa Sede. En vista de las amenazas del Rey sobre el legado, para obligarle a dictar inmediata sentencia, el Papa avocó a sí la causa, mandando que se viese en la Rota. A partir de aquel momento, los acontecimientos se precipitaron. Tomás Cromwell, que substituyó a Santo Tomás Moro en la cancillería del Reino, infundió a Enrique VIII la idea de romper con la autoridad pontificia, siguiendo el ejemplo de los príncipes alemanes. El 25 de enero de 1533 Crammer, a quien el Rey había nombrado arzobispo de Canterbury para que se mostrase complaciente con sus deseos, bendijo privadamente la unión de Enrique con Ana Bolena, declarando contumaz a la reina Catalina por haberse negado a comparecer ante el

Tribunal del Arzobispo. La Reina legítima fué arrojada del Palacio Real, y el 1.º de junio, con gran sentimiento del pueblo fiel, Ana fué coronada solemnemente en Westminster.

Sólo entonces, y en evitación de mayores males, dictó Clemente VII sentencia en consistorio, al que asistieron los veintidós cardenales que se hallaban en Roma, y con sólo tres votos en contra, declaró que el supuesto matrimonio de Enrique y Ana era “nulo, injusto y atentado” y que la “reina Catalina debe ser restituida en su antiguo estado y cuasi-posesión del derecho conyugal y dignidad de reina”, amenazando con las censuras apostólicas al Rey si por todo el mes de septiembre venidero no obedecía. “...y si en este tiempo no obedeciere, y no restituyere a la dicha Catalina en el estado en que se encontraba cuando se movió la lite, y no apartare de su cohabitación y cuasi-posesión del derecho conyugal y real a la dicha Ana, y purgare con efecto todo lo que ha atentado, queremos y decretamos que desde ahora para entonces tenga su lugar y fuerza esta nuestra presente declaración”.

Lejos de dejarse influir por tan manifiesta benignidad, Enrique que ya había mandado promulgar el “acta de supremacía” en la que abrogaba la autoridad pontificia en el Reino de Inglaterra, suprimió el tributo anual conocido con el nombre de “dinero de San Pedro”, estableció la pena capital para el que reconociese el poder papal y obligó con juramento a todos los eclesiásticos de Inglaterra e Irlanda a que le tuviesen como Cabeza de la Iglesia después de Cristo. Buena parte del clero y de la nobleza, por temor a la muerte, se plegó a su voluntad. Pero hubo excepciones gloriosas, como las de Juan Fisher y Tomás Moro, elevados por Pío XI en 1939 al honor de los altares, que supieron morir heroicamente en el cadalso, antes que renegar de su fe y de su conciencia, manteniéndose firmes en la obediencia debida al Jefe de la Cristiandad.

Por la bula de 27 de diciembre de 1538 Paulo III, el Papa Farnese, confirmó la excomunión contra el Rey cismático y le declaró depuesto de su regia dignidad. Pero Enrique, que se debatía en una auténtica bacanal de matrimonios caprichosos y de ajusticiamientos de esposas infieles, hizo aprobar por el Parlamento el llamado “estatuto de sangre” en el que imponía, bajo pena de muerte, a confesión de los dogmas de la nueva Iglesia Anglicana. Tales principios, en sus líneas generales, eran conformes con la doctrina católica, pero en lo tocante a la supremacía real los verdaderos creyentes no podían admitirlos, y por esto la persecución no cesó hasta la muerte del Rey ocurrida en 1547.

Al subir al trono inglés la reina María Tudor, hija de Enrique VIII y de su repudiada esposa Catalina, iniciáronse negociaciones para la reconciliación con Roma. Sólo con la condición de que les fuese permitido conservar los despojos de los monasterios católicos, consentía la nobleza inglesa, atrincherada en el Parlamento, volver al regazo de la Iglesia Romana. Para que no pareciese que la unión se retrasaba por motivos materiales, consintió benévolamente Julio III en tamaña exigencia, y publicó una bula de jubileo extraordinario para festejar tan magno acontecimiento. En 20 de noviembre de 1554 el legado pontificio cardenal Reginaldo Poli hizo su entrada triunfal en Inglaterra, su tierra nativa, y diez días después, coincidiendo con la fiesta de San Andrés, fué solemnemente reintegrada Inglaterra a la comunión de la Sede Romana. ¡Efímera unión, por desgracia!

M. Aragonés Virgili.

San Juan Fisher

I

Semblanza física

Al estilo de Gracián, tres patrias produjeron a tres héroes: a Hércules, Tebas; a Catón, Roma y a Fisher, Britania; fué Hércules aplauso del orbe, fué Catón espanto de Roma y fué Fisher admiración de la Cristiandad.

La mano sabia de Holbein nos ha dejado una cabal descripción de su noble fisonomía en la plenitud de su vida, segada, triste, a los sesenta y tantos años.

Contemplemos detenidamente los rasgos que trazó el pintor célebre en oficio de dibujante; la cara angulosa, los pómulos salientes y las mejillas hundidas nos hablan de ascetismo, de penitencias corporales, de mortificaciones, de batallas ganadas contra la carne.

“Luego que lo prendieron los ministros de la justicia, echaron mano de todos sus bienes y pensando que un hombre ya viejo y que había sido obispo tantos años tendría amontonado gran tesoro, abrieron con gran ansiedad todas las arcas, buscando la moneda y habiendo hallado un cofre bien cerrado y puesto con barras de hierro, lo violaron para ver si hallaban en él lo que tanto deseaban. Lo que hallaron fué un cilicio y una disciplina y otros instrumentos con que el Santo varón se solía todavía afligir y castigar (con ser de la edad que era y debilitado de tantos trabajos) y algunas blanquillas —monedas— que solía dar a los pobres acabada su penitencia”. Esto nos lo cuenta Ribadeneyra de él (1) y ciertamente que ahora que vemos su cara lo podemos creer a pies juntillas.

Pero sigamos con Holbein. Nos ha dibujado a Fisher con las cejas enarcadas, algo levantadas y con los ojos un poco más abiertos que los debía tener normalmente: parece admirado de algo. Los pliegues y arrugas que corren paralelos por su frente nos lo confirman. Su mirada sorprendida y algo entristecida nos habla de la amargura con que veía la general apostasía de su Patria y si nos adentramos por esos maravillosos ojos que parece nos traen directamente al alma un mensaje desde el siglo dieciseis, es posible que encontremos un nudo en su garganta.

Pero no llora Fisher porque su voluntad ordena imperiosa y el sentimiento discurre por donde la razón señala. ¡Qué duda puede haber de ello! Miradle los labios: boca fina, alargados y rectos los labios, y luego, comparadlos con los del sibarítico Enrique VIII Tudor retratado también por la misma mano. ¿Y qué me decís del mentón? La boca cerrada con fuerza revela tenacidad, energía y músculos en tensión; el hoyuelo de la barbilla rubrica ese voluntarismo a prueba —y no es retórica— de coacciones y de patibulos.

Y si queréis penetrar más aún en la psicología del personaje, comparad, comparad, el dibujo con otro cuadro que nos dejó de un feroz oponente de Fisher —Martín Lutero— el pintor Lucas Cranach, y que está en los “Uffizi” de Florencia. Comparad mejilla con mejilla, mirada con mirada, labio con labio. Y decidme luego si no estáis ya convencidos,

solo con eso, aun sin saber más de la vida de Fisher, de que un hombre así, con esa fisonomía auténticamente modelada por el vigor de un espíritu —no se dan caras así gratuitamente— tiene que haber sido forzosamente un Santo.

II

Fisher en el período 1469-1527

La vida de San Juan Fisher hubiera transcurrido con la placidez con que discurren por las tierras bajas los grandes cursos de agua, de no haber ocurrido en sus días el hecho trascendental de la revolución de Lutero, Calvino y Enrique VIII contemporáneos suyos, como Moro, Vives, Erasmo y Francisco de Vitoria.

Beverley en York fué el villorrio inglés que en 1469 (no hay unanimidad respecto a esta fecha, otros proponen 1453, 1455, 1459 y hasta 1465) tuvo la fortuna de verle nacer a la luz pálida de nuestro satélite.

Sus pasos desde la época del despertar de la razón fueron los de tantos estudiantes aplicados. En 1484 le sabemos estudiando en Michael House de Cambridge —su gran amor después de la Iglesia— y tres años más tarde es ya Doctor en Artes. Llamado su puro corazón y su alma nobilísima a mayor perfección abraza el estado eclesiástico y, ordenado sacerdote, Margarita Beaufot, Condesa de Richemont, madre de Enrique VII le escoge para su confesor. No se duerme en la Corte y con el apoyo de su penitente, funda el Colegio de Cristo y el Colegio de San Juan en Cambridge, dotándolos y laborando incansable para que en ellos profesaran los principales ingenios de su época.

Su carrera en el mundo es ascendente. En 1501 es canciller de Cambridge; en 1504 es designado Obispo de Rochester; en 1512 se le nombra como uno de los prelates ingleses que deben asistir al Concilio 5.º de Letrán convocado por Julio II. Entretanto es confesor y consejero de Enrique VII y distingue a Enrique VIII con su virtud y su saber. El Cardenal Pole dice que este monarca le tenía por “el más docto teólogo de cuantos en su vida había conocido”.

Pero su perfeccionamiento espiritual va mucho más deprisa que su carrera mundana. No vacila en decirles a boca llena a los grandes —entre los que se cuenta el todopoderoso Wolsey al que censura indirectamente en 1517 al criticar en su presencia al clero que por su desordenado amor al lujo y a la opulencia olvida sus deberes— que “os llama la avaricia, tintinea la plata y nada oís ya, brilla el oro y quedáis deslumbrados. Pereció en vosotros la humanidad”, como Luis Vives decía a los ricos por el mismo tiempo.

Y, la práctica junto a la teoría como auténtico católico, no quiere cambiar su pobre obispado de Rochester por los opulentamente dotados de Ely o de Lincoln que le son ofrecidos tentadoramente, quien sabe con qué intención. Fisher conoce bien el peligro del oro y de la abundancia y él, el hombre, el fuerte, tiene en su corazón grabado aquello de Fray Tomás de Kempis “todos somos flacos, mas tú a nadie tengas por más flaco que a ti”.

Teólogo, escritor, literato, emplea sus dotes defendiendo a la Iglesia que se ve atacada en sus derechos por los que pretenden reformarla. Trabaja, además de en sus obligacio-

(1) Ribadeneyra. —Historias de la Contrarreforma. Madrid 1945. Todas las veces que en este artículo se cite a dicho autor, nos referimos a esta obra fundamental en la materia.

PLURA UT UNUM

nes pastorales, en sermones, libros, discursos, controversias, colaboraciones. No cesa de animar con su ejemplo.

Sus obras, copiosas y densas, son un índice de sus preocupaciones e inquietudes: Tratado contra la respuesta de Lutero al Libro de Enrique VIII; Los cinco libros de la verdad del Cuerpo y de la Sangre de N. S. Jesucristo en la Eucaristía, contra Oecolampadio; Refutación del tratado que Valerio había compuesto para probar que San Pedro no había estado nunca en Roma; Discurso contra los Escritos de Lutero; Tres libros de una sola Magdalena; Tratado de los medios para llegar a la soberana perfección de la religión; Comentario moral de los siete salmos penitenciales; Discurso sobre la caridad; Tratado de la oración; Sermones y paráfrasis de los Salmos...

Inunda Inglaterra y su fama trasciende arrolladora. En Roma se le considera uno de los campeones de la Cristiandad. El propio Erasmo elogia su integridad de costumbres, sus sabias miras, la dulzura de su carácter, su valor.

Y no es solo hombre de estudio. En 12 de mayo de 1521 asiste en la Cruz de San Pablo a la quema pública de los escritos de Lutero y pronuncia en ella un sermón o discurso que causa furor. Donde hace falta un teólogo para combatir un error allí se le encuentra.

Nada hace suponer que esta vida será interrumpida trágica pero gloriosamente. Enrique VIII, es —aún— el Rey cristianísimo, defensor de la Fe. Su esposa es —aún— de hecho y de derecho, Catalina de Aragón, modelo ejemplar de católica practicante. Pero la Providencia vela amorosa por Fisher y este con la perfección e integridad de su vida logra alcanzar de aquélla un premio extraordinario a su virtud: la gracia del martirio. Enrique VIII deviene “enfermo, violento e inconstante” en frase de Belloc, aparece Ana Bullen—la Bolena de los españoles—en el horizonte, el Rey demanda en 1527 de divorcio a Catalina. Nubes de inquietud se ciernen amenazadoras sobre la Iglesia Católica en Inglaterra y tal vez desde entonces la aguda percepción de Fisher le haga insistir en sus azotes y penitencias para hacerse digno del holocausto que se le prepara.

III

1527 - 22 de Junio 1535

“La naturaleza humana y la ocasión forjan las tentaciones, y ¡qué tremenda tentación, qué ocasión para desbordar las pasiones de nuestra naturaleza es el poder!” escribió Feijóo y son frases las transcritas que bien le cuadran al marido de Catalina, Enrique Tudor. Como les cuadran igualmente a todos los engendros, perseguidores de la católica religión.

Tan pronto Enrique VIII inició sus gestiones para conseguir la anulación de su matrimonio con Catalina, comprendería que no podría torcer la recia voluntad del Obispo Fisher, que teólogo consumado, sabía a ciencia cierta si la razón estaba de parte de Roma o de Londres.

Desde 1527 la biografía de San Juan Fisher, se entrelaza con las vicisitudes por que pasa el Cisma inglés y es imposible hacerse cargo de su figura gigantesca, o de su contextura moral, sin el telón de fondo de los acontecimientos gobernados por la Providencia a través de sus instrumentos, Enrique Tudor, Cranmer, Cromwell y adláteres.

La Reforma inglesa tiene como base la lujuria y como causa de consolidación la codicia. Hilaire Belloc afirma que “la Reforma en conjunto, no era una nueva religión porque no tenía unidad de estructura ni de propósito, pero en Inglaterra tenía un sólido cimiento que determinó todos sus éxitos y este cimiento ha sido descrito con toda la sencillez de dos palabras: las tierras abadengas” (2).

(2) H. Belloc. - Isabel de Inglaterra. Buenos Aires 1945.

Es decir, que la confiscación de la propiedad monástica, el saqueo legalizado de conventos y abadías con la venta posterior de los bienes —algo parecida salvadas las distancias, a la desamortización española de Mendizábal— afianzaron una reforma no sentida ni querida por el pueblo tal y como se hizo a expensas de la unidad de la Cristiandad. Los compradores de los bienes de los monasterios fueron en lo sucesivo el mejor puntal del Cisma, conscientes de que si se llegaba a un acuerdo con Roma, dejarían de poseer lo que con magnífico negocio se habían agenciado del “inmenso latrocinio”.

Porque la batalla contra Roma, tuvo en Inglaterra comienzos característicos y comunes a muchas persecuciones, algunas de ellas vividas en nuestros civilizados tiempos. Jalones de esa lucha fueron: (3) la proposición del Parlamento en 1532 solicitando del Rey remedio contra los abusos y desórdenes de los Obispos de la Iglesia (“Súplica contra los Ordinarios”), a consecuencia de la cual se dictó en 15 de mayo del mismo año una ley de “Sumisión del Clero”; la elevación a la Sede Primada de Canterbury de Tomás Cranmer, protegido de la Bullen y hechura de sus deseos, el cual, naturalmente era la persona más idónea para fallar, como lo hizo efectivamente, dentro del divorcio de Enrique, que era nulo su matrimonio con Catalina; una serie de disposiciones parlamentarias suspendiendo el pago de las annatas a Roma (que, naturalmente también, desde entonces pasarían al bolsillo del monarca inglés), prohibiendo la publicación de censuras y excomuniones pontificias en Inglaterra; la aprobación del “Acta de Supremacía” (1534) que erigía en cabeza de la Iglesia de Inglaterra al Rey, en virtud de la proposición herética de que “el Obispo de Roma no posee según la Escritura mayor jurisdicción en el Reino de Inglaterra que cualquier Obispo extranjero” (la tan repetida canción de la Iglesia Nacional, intentada recientemente por la Alemania nazi y remozada en méritos de la táctica comunista por Stalin).

La conducta de Fisher en toda esa larga contienda es terminantemente clara: en cuanto al divorcio de Enrique y Catalina afirma “Yo por haber estudiado esta materia y gastado en ella mucho tiempo y trabajo oso afirmar que no hay en la tierra potestad que pueda deshacer ese matrimonio, ni desatar lo que Dios ató; y esto que digo, no solamente lo pruebo claramente con los textos de la Sagrada Escritura y de los Santos Doctores, sino que estoy también aparejado a defenderlo con el derramamiento de mi sangre”.

Desde este momento está ya virtualmente ajusticiado. Enrique solo buscará ocasión propicia para eliminarlo. Esta ocasión se presenta cuando a 25 de marzo de 1534 a raíz de los sucesos promovidos por la “Santa Virgen de Kent” —Isabel Barton— es acusado Fisher de alta traición por no haber revelado sus predicciones, encarcelándole “por durante la voluntad real” y confiscándole sus bienes.

Puesto en libertad es nuevamente apresado en el mismo año y esta vez ya para morir. La causa es el negarse a jurar fidelidad al Rey como cabeza de la Iglesia, abjurando del Pontificado romano. Taunton cuenta que “la constancia de Fisher que conducía a Enrique a una furia sin límites, le acarrió la admiración del mundo cristiano entero, el cual le conocía desde tiempo como uno de los más sabios y piadosos obispos de su época” (4).

Una vez en “la Torre” “despojáronle de sus propios vestidos —según Ribadeneyra— y pusieronle unos andrajos que apenas cubrían su desnudez, pero todo cuanto hicieron nada bastó para abrumarle ni hacerle vacilar”. El “Acta de Supremacía” quedaba sin jurar, para ejemplo o reprensión de cuantos lo habían hecho.

(3) El estudio del Cisma de Inglaterra no se pretende aquí.

(4) Ethelred Leonard Taunton. - Enc. Britannica. Cambridge 1910.

En 17 de junio de 1535, por jueces vendidos a la tiranía, indignos del alto oficio que desempeñaban, fué condenado a muerte "porque abiertamente declaró en Inglaterra que el Rey Nuestro Señor no es cabeza suprema en la tierra de la Iglesia inglesa" según rezaba la parte dispositiva de la sentencia condenatoria.

Fuó descabezado en 22 del mismo mes y año y al decir de un biógrafo suyo (5) "su sangre no manchó sus canas, que se mantuvieron blancas como la nieve, como la pureza de su corazón. Manchó sí, las páginas de la historia de un Rey, que no tuvo habilidad sino para labrar la infelicidad de los pueblos". Y se cuenta, que la cabeza del Santo expuesta en una pica en la puerta de Londres a la vista del pueblo todo, de tal manera aparecía más fresca y graciosa y de más venerable aspecto cada día, que el Rey tuvo que ordenar turbado que la quitaran de allá.

IV

Roma y San Juan Fisher (6)

En tanto Juan Fisher atravesaba la "Puerta de los traidores" en la "Tower", el mundo cristiano seguía con ánimo suspenso la desigual batalla que se entablaba entre el desvalido y anciano Obispo y el todopoderoso monarca.

Paulo III anhelaba la liberación de Fisher ya que su presencia en el próximo Concilio de Trento era prenda segura de eficacia. En Consistorio secreto del 20 de mayo de 1535, casi un mes justo antes de su decapitación, se le promovió a Cardenal, asignándole el título de San Vitale. Esperaba el Pontífice que tal dignidad le haría ser más respetado por el Rey inglés y que tal vez así se salvaría su vida.

El legado Pontificio que llevaba el capelo al prisionero, era portador también de un Breve al Rey de Francia fechado en 21 de mayo del año 35, al día siguiente del Consistorio, tal era la prisa y la ansiedad, en el que el Pontífice rogaba a Francisco I "con todo el afecto e insistencia posible para que quisiera interceder cerca del Rey de Inglaterra para que restablezca a Fisher en la benevolencia y gracia anteriores, seguro que movido por S. Majestad querrá tener la debida atención con dicho Obispo", añadiendo en el mismo documento que tal mediación le haría quedar obligado hacia el Rey cristianísimo así como al Sacro Colegio, no pudiendo tal favor ser olvidado.

(5) *Biografía Eclesiástica*. Barcelona 1854.

(6) Para la redacción de este epígrafe nos hemos basado principalmente en los interesantísimos documentos publicados por primera vez por el Archivero del Vaticano, Cenci en «*Osservatore Romano*» de 19 mayo 1935.

Paulo III remitió con la misma fecha instrucciones a Rodolfo Pío Nuncio de Francia y a Monseñor Bellay arzobispo de París rogándoles realizaran los máximos esfuerzos para que el Rey francés salvara a Fisher.

Pero en aquellos tiempos, las noticias son comunicadas con retraso y en la Corte Pontificia cuanto en el brumoso Norte acontece hoy solo se sabe semanas después. La Providencia dispuso que la reacción psicológica de Enrique VIII, hombre todo pasiones mal contenidas, fuera cabalmente lo contrario de lo que se supuso en su buena fe, Paulo III. Enfurecido por el honor concedido a Fisher y después de asegurarse por el propio Cronwell de que el encarcelado aceptaba el capelo, dispuso su rápida ejecución en reto al mundo católico y en especial al Papa, su odiada cabeza.

Las recomendaciones e insistencias de Roma cursadas en 1.º de julio —quince días después de su ejecución— al Nuncio de París, instando se gestionara cerca de Inglaterra y en favor de Fisher "cuya liberación desea S. S. sobre todas las cosas para poder utilizarlo en el Concilio, por ser persona tan singular y de doctrina y vida santa" (7) tienen ya el valor de sermón exequial. Tres días después se lee en Consistorio una carta recién llegada del Nuncio de Francia en la que se comunica la triste noticia del martirio del Obispo.

Paulo III, entonces, se dirige a las Cortes de España, Francia, Polonia y Escocia reprobando el terrible delito del Rey inglés, "haciendo matar a Fisher como malhechor por mano de verdugo, cuando era hombre conspicuo por su virtud, célebre por su doctrina y gloria del clero del aquel Reino" dice doloridamente el Papa que no pudo evitar el martirio de su Cardenal. Roma depone en 30 de octubre de 1535 a Enrique Tudor —Bula "Cum Superioribus"— y exhorta a los Príncipes a tomar las armas contra él en tiempo oportuno.

León XIII en 9 de diciembre de 1886 beatifica al "Obispo Rofense", como se le llamó en la España clásica, españolizando el nombre de su Sede.

En 19 de mayo de 1935 el estandarte de Fisher ondeando en San Pedro del Vaticano, es aclamado por representaciones de Cambridge, del Seminario de Ushaw y por los miembros de numerosas peregrinaciones inglesas llegadas a Roma para asistir al acto de su canonización solemne. El Beato Fisher es ya para siempre San Juan Fisher, gloria de la Iglesia Católica y uno de sus más preclaros mártires.

J. M. Martínez-Mañá

(7) Archivo Vaticano. Principi f. 455, según Cenci, art. citado.



La Oración de San Juan Fisher



“La Religión de la fe cristiana está grandemente disminuida; somos muy pocos y mientras en un tiempo estábamos esparcidos casi por todo el Mundo, ahora estamos rechazados en un estrecho rincón. Nuestros enemigos se han apoderado de Asia y Africa, dos de las mayores partes del Mundo. Además nos han sustraído una gran porción de aquella que llamamos Europa, y que ahora habitamos, por lo que apenas una sexta parte de lo que poseíamos tenemos ahora. Y diariamente nuestros enemigos vienen atacando incluso esta pequeña porción. Por lo tanto, ¡oh Señor!, sin tu socorro el nombre cristiano será ulteriormente destruido y olvidado... Por lo tanto, Señor misericordioso, ejercita tu misericordia, demuéstrala verdaderamente en tu Iglesia, “quia tempus miserendi ejus”. Si hay muchos hombres piadosos en tu Iglesia militante, escúchanos, pobres pecadores, por su amor: sé misericordioso, hacia Sión, o sea por tu Iglesia. Si en ella sólo hay pocos buenos, mayor es nuestra miseria y mayor debe ser tu misericordia... Así, ¡oh Señor bueno!, vuelve a hacer lo mismo otra vez con nosotros; y convierte la tierra blanda y harinosa en durísima piedra; da a tu Iglesia pilares fuertes y potentes que puedan soportar y sufrir grandes trabajos—vigilias, pobreza, sed, hambre, frío, calor—y que sepan no temer la amenaza de los príncipes, ni la persecución y menos la muerte; pero siempre estén dispuestos a soportar animosamente injurias, humillaciones y toda clase de tormentos por la gloria y alabanza de tu Santo Nombre. De este modo, oh Señor, la verdad de tu Evangelio será predicada a todo el Universo.”

(Osservatore Romano, 19 de marzo de 1935)

Ribadeneyra y el cisma de Inglaterra

Como colofón al libro III de la obra del historiador jesuita “Historia Eclesiástica del Cisma del Reino de Inglaterra” y en su capítulo XXXII explana las razones que mueven a Dios a permitir “tan grande persecución contra los católicos en Inglaterra”.

Consideramos de gran interés traer a estas páginas y en este número algunos de los párrafos de dicho capítulo. Nuestros hermanos de Yugoslavia, de Rusia y de tantas otras comarcas sufren hoy la misma “grande persecución” que sufrieron los católicos en la Inglaterra de Enrique y de Isabel y la actualidad de lo que se escribió en 1588 permanece fuera de toda duda en 1946.

Dice Pedro de Ribadeneyra S. J.:

“Digo, pues que a mi pobre y flaco juicio, en esta tormenta tan espantosa que padecen los católicos de Inglaterra resplandece sobremanera el poder y la misericordia de Dios, que es el patrón y piloto de esta barca de su Iglesia y el que la rige con el gobernalle de su paternal providencia y por tan terribles tempestades la hace llegar al seguro y deseado puerto de la bienaventurada eternidad. Porque como El en todas sus obras pretende su gloria y

nuestro provecho, estas dos cosas juntas se hallan más aventajadamente en esta persecución de Inglaterra que en ninguna prosperidad se pudieran hallar, Porque ¿que mayor servicio puede hacer el hombre a Dios que dar la vida por El? Y ¿qué cosa más honrosa y provechosa puede haber para el mismo hombre, que morir por aquel Señor que murió por él? En las batallas y victorias de los santos mártires, la gloria de Dios y la utilidad de los mismos mártires están tan asidas y trabadas, que a medida que crece la una crece la otra y de la mayor honra del Señor se sigue mayor honra y corona para el mártir. Y como el Señor es tan celoso de su honra y tan amigo de nuestro bien, no es maravilla que permita estas peleas de las cuales El ha de ser tan glorificado, y los hombres tan aprovechados: porque como dijo gravemente Séneca, los hombres gustan de ver lidiar a otro hombre con un toro o con otra fiera y Dios de verle lidiar con un duro tormento o con una grande adversidad. Y no solamente resplandece la gloria de Dios en esta obra, por ser El glorificado en ella del hombre; el cual con su muerte testifica que es tan alta la majestad y bondad de Dios que quiere padecer todos los tormentos que la gloria de los otros hombres y de los demonios pudieren in-

ventar, antes que decir o hacer cosa contra su santa ley; mas también porque en ella se manifiesta en gran manera el poder invencible de la gracia del mismo Dios y esto en dos maneras: la una, alentando y esforzando la flaqueza del que padece, y dándole victoria de sus mismas penas, y la otra, haciendo que la Santa Iglesia, derramando sangre triunfe y haga burla de todos los tiranos y poderosos príncipes, sus enemigos.

¿Qué diré de otro provecho que se saca de esta persecución? Que es un saludable y necesario aviso para todas las provincias y reinos de la Iglesia Católica, de como se deben haber con los herejes. Porque, ¿quién no escarmentará en cabeza ajena viendo los que pasa en Inglaterra y que un reino que antes florecía en religión, en virtud, en humanidad, en paz y en concordia, en libertad y dulce comunicación y llaneza entre sí, sea al presente una Babilonia por la variedad, y confusión de las herejías; una cueva de ladrones, por las injusticias y desafueros que en él se usan; un matadero de siervos de Dios, por la sangre que de ellos se derrama; una guerra y discordia civil, por la que hay entre católicos y herejes; una servidumbre y miserable cautiverio por la opresión y tiranía con que está afligido todo el reino y más particularmente los que son de la antigua y santa y apostólica religión; y que todo esté incendio se haya emprendido de una centella infernal de amor ciego de un Rey, y crecido de la manera que vemos por la secta de Calvino, que profesa su hija, si profesa alguna? Pues, ¿qué cuidado, que vigilancia deben tener los Reyes y Príncipes y repúblicas católicas para no dejar saltar ese fuego infernal en sus reinos y señoríos, viendo abrasado con él al de Inglaterra? ¿Qué ánimo deben tener los católicos para defender hasta la muerte su fe, viendo como son tratados sus hermanos? Y por lo que ven en las casas de sus vecinos, cómo deben estar alerta en la suya, y no fiarse de la blandura aparente y fingidas promesas de los herejes, con las cuales suelen engañar a los católicos (como los han engañado) y despedazarlos y consumirlos cuando se ven con el mando y el palo.

Y este aviso y recato no es pequeño fruto de esta persecución de Inglaterra, como tampoco lo es el despertarnos y movernos a compasión y a imitación de los ingleses católicos, que así padecen por nuestra santa religión, a compasión por verlos tan apretados y afligidos, desterrados de su Patria, echados de sus casas, perdidas las haciendas, privados de la honra y libertad, tratados como traidores, atormentados y muertos como sediciosos y rebeldes. Porque en fin, todos so-

mos hermanos y miembros de un mismo cuerpo místico que es la Santa Iglesia, cuya cabeza es Jesucristo, y en su lugar en la tierra el Sumo Pontífice Romano. Y siempre entre los cristianos fué obra muy usada y loable el recoger, amparar y socorrer a todos los que padecen por Cristo. Pero en lo que más nos debemos esmerar y lo que con mayor estudio debemos procurar es imitar los ejemplos de estos fuertes soldados y con la memoria de sus peleas despertar nuestra tibieza y flojedad y cobrar nuevo esfuerzo y nuevos aceros para resistir a la pena y al dolor, al trabajo y a cualquiera género de adversidad.

No se acaban aquí los frutos admirables que podemos sacar todos los católicos de esta persecución de Inglaterra; otros hay también que pertenecen a los mismos herejes, nuestros perseguidores, de los cuales se sirve el Señor como de alguaciles, fiscales y verdugos de su divina justicia, y les da el mando y la vara por el tiempo que es servido, para que con la medida y tasa que les permite, ejerciten la paciencia de sus fieles y consuman la escoria de sus culpas, y afinen la virtud y acrecienten sus merecimientos y coronas. Daes Dios esta, como ellos llaman, felicidad (aunque no es sino castigo) para convidarlos y atraerlos con ella al conocimiento de la verdad y de su amor; y si no se convirtieren para pagarles en esta vida alguna buena obra a que harán, pues en la otra les queda una eternidad en que padecer tanto más horribles tormentos cuanto mayores habrán sido sus pecados y la paciencia y longanimidad del Señor más larga en sufrirlos y esperarlos: que propio es de su Divina Majestad recompensar la tardanza con la graveza de la pena y alzar y detener el brazo para herir con mayor fuerza, y proceder con pasos lentos y espaciosos al castigo, para enseñarnos a nosotros (como dice Plutarco) la paciencia, y a no querer luego vengar nuestros agravios e injurias, y para dar tiempo al malo a que se arrepienta y no menos para que no se pierda el fruto que ha de nacer de él; que muchas veces de un Achab, Rey impío y cruel, nace un Ezequías Rey santo y perfecto y un San Pedro Mártir de padres herejes como la rosa de las espinas. En lo cual todo se ve la inefable misericordia e inmensa bondad del Señor, que de los mayores males del mundo saca mayores bienes y permite que haya tiranos para que no falten mártires, y que los hombres perversos tengan la vara y ejerciten su crueldad contra los cuerpos de los buenos, para que ellos manifiesten mejor la paciencia y virtud de sus almas, como permite que la Santa Iglesia Católica sea perseguida, atribulada y afligida para que, pasando por el crisol, sea más pura, más santa, y más perfecta, y se entienda que aunque alguna vez se eclipse, como la luna, y se oscurece, nunca, (como dice San Ambrosio) desfallece ni se menoscaba su virtud".

(De "Historias de la Contrarreforma", Madrid, 1945, página 1319 y siguientes).

Q

La gloriosa espada de San Ignacio de Loyola

ofrecida a Nuestra Señora de Montserrat

a 25 de marzo de 1522

II ⁽¹⁾

Hasta nuestros días

Desde la fecha antes mencionada hasta nuestros días, los historiadores colocan constantemente las armas de San Ignacio en la Iglesia de Belén, sin que a ninguno, ni a los Monjes de Montserrat, incluso la *Perla de Cataluña* del P. Fray Gregorio de Argáiz, se les ocurra ponerlas en el Monasterio. *Serra y Postius (D. Pedro)*, en 1700 dice: *La iglesia de Belén tiene la espada que el Santo colgó por trofeo en el templo de nuestra Señora de Montserrat* (Hist.^a Ecles.^a de Cataluña. ms. Julio día 31). En 1749, *Los Bolandos* aducen íntegra la carta del P. Ignacio Cant, S. J., antes mencionada (*Acta SS. Can. prævins*, n. 29—*Gloria Posthuma* n. 90—pág. 791). El P. *Francisco Fluvia*, encargado de la iglesia de Belén, dice: *La espada hoy (1753) se venera en el Colegio de Barcelona de la Compañía de Jesús y no se sabe dónde está la daga* (Vida de San Ignacio, t. I, Lib. 1.^o, c. 3.^o), y en otro lugar añade: *En el Colegio de la Compañía de Jesús de nuestra Señora de Belén está la Espada que colgó en Montserrat en obsequio de la Virgen, un crucifijo que llevó sobre su pecho, desde que salió de su casa de Loyola...*

El H. José Duocastella. — En 1815 fué restablecida la Compañía de Jesús en España por Fernando VII, y si bien fué reintegrada en Barcelona con pleno dominio de la iglesia y Colegio de Belén, con todo sólo pudo ser enviado para la guarda de la Iglesia el H. Duocastella. Este, venida la hecatombe del año 1835 hubo de abandonar el puesto, no sin llamar al Rdo. J. Abadal, canónigo de la Seo de Manresa para salvar una de las tres memorias del Santo: la espada, el crucifijo que llevaba de ordinario colgado del cuello y el banquillo que usaba en casa de Juan Pascual. Considerando el buen canónigo J. Abadal, que la espada le comprometía, y el banquillo le embarazaba, tomó el Santo Crucifijo, que hoy todavía conservan los de su familia y casa de Manresa. La espada y el banquillo quedaron ocultos debajo del altar de San Ignacio, donde pasado el tiempo revolucionario lo encontraron los historiadores modernos.

Don Pascual Madoz. — Sabido es del mundo literario que en 1846 salió a luz el *Diccionario geográfico-estadístico e histórico*, en que D. Pascual Madoz recogió los datos abundantes y preciosos en una serie de tomos, cuanto las ciudades habían podido salvar de las pasadas revoluciones. Hablando de la iglesia de nuestra Señora de Belén, dice: *“Nuestra Señora de Belén, situada en la Rambla de los Estudios, a la entrada de la calle del Carmen, fué del Colegio de los Jesuitas. En 1835 pasó a ser parroquia: el templo es*

capaz, de una sola nave, con espaciosa capilla, distinguiéndose la de San Ignacio de Loyola, en la cual se conservan algunos objetos del Santo, entre ellos la espada, que dejó en la iglesia de Montserrat, al tiempo de su conversión y antes de retirarse en la cueva de Manresa (tomo III, pág. 524, Barcelona).

Don Andrés Pi y Arimón. — En la obra clásica: *Barcelona antigua y moderna*, trata Pi y Arimón (1854), (después de fustigar el estilo churrigueresco de la iglesia de nuestra Señora de Belén) de las preciosidades conservadas en dicha iglesia, ocupase del altar de San Ignacio, y dice: *“Custodíase en esta capilla, que es la que se halla junto al presbiterio al lado de la Epístola, la almohada de la cama del Santo y su espada; pues él había sido militar en su juventud y peligrosamente herido de ambas piernas en el sitio de Pamplona”*. En este tiempo el P. Fr. Gabriel Masdeu tomó del puño de la espada un retazo del hilo arrosariado que en forma de carrete, recubría la empuñadura, del cual regaló un segmento a su amigo Fr. Juan Francisco Guitart. Volvió el P. Fray Masdeu a Barcelona y de intendente de la iglesia de nuestra Señora de Belén. Residió en dicha iglesia hasta su muerte, acaecida en 1891 a la edad de 81 años.

1876.D. *Antonio de Bofarull*. — Terminaremos la serie de historiadores de espada toledana, y del Culto religioso; por haber sido ofrendada por el Santo Caballero de Loyola, a raíz de su conversión, a la Virgen Santísima de Montserrat: *“En la iglesia de Belén de Barcelona —dice— antes de los Jesuitas, exponíase antiguamente en determinado día, para la contemplación y adoración de los fieles como reliquias, la espada de San Ignacio, tanto que en uno de sus altares existe cierto aparato móvil, que se desplegaba sólo cuando tenía lugar dicha solemnidad”*. Sigue describiendo la espada, reducida a una hoja de magnífico acero, como la referimos al principio, cubierta por una vaina *de damasco encarnado con filetes de oro y seda de diversos colores*, sustituida sin duda por el Caballero de Loyola a la ordinaria de cuero, para dar más realce a la espada al ofrecerla a la Virgen de Montserrat. Es curioso consignar la semejanza que existe entre la vaina de la espada de San Ignacio, *de damasco encarnado con filetes de oro y seda de diversos colores*, como la describe el inventario de los Obispos Climent y Valladares: *“Una vaina de setín carmesí bordado de oro y plata”*; con la de Galaor, descrita en Amadis de Gaula, diciendo: *“E tornando a mirar, vieron la espada colgada de un ramo del árbol, e parecía muy hermosa e tan fresca como si entonces se pusiera, e la vaina muy ricamente labrada de seda y oro”* (Libro I, cap. XI).

(1) Véase el núm. 57 de CRISTIANDAD.

La traslación a la Iglesia del Sagrado Corazón

Solemnísimo e imponente fué el acto de la donación; aquello fué una manifestación unánime de veneración y aprecio tributada por Barcelona piadosa y culta a la Santa Espada y al Santo Patriarca y fundador de la Compañía de Jesús. Y pues el malogrado Dr. D. José Estanyol y Colom, Catedrático de Derecho Canónico en la Universidad de Barcelona, expresó en pocas palabras el sentimiento unánime de todos; trasladaremos aquí sus principales conceptos: "Se trataba de solemnizar la restitución que la parroquia de Belén hacía a la Compañía de Jesús de la espada que usó su ínclito Fundador. El acto se realizó con la mayor brillantez, bajo la presidencia del Emmo. Sr. Cardenal-Obispo de la Diócesis, representado por el Illmo. Sr. Obispo de Eudoxia su Vicario General.

"La presencia del dignísimo Sr. Alcalde (Excmo. Sr. don Domingo Juan Sanllehy), que con independencia de carácter, despectiva de cobardías ahogadoras de los mejores propósitos, supo interpretar los sentimientos de la mayoría de sus administrados, dió a la fiesta un carácter marcadamente popular y simpático, espléndidamente confirmado por la escogidísima concurrencia, entre la que figuraba la grandeza de España, la aristocracia, la milicia, el profesorado, los representantes de las corporaciones políticas, administrativas y populares, el comercio, la industria, las asociaciones católicas, el clero secular, las Ordenes monásticas; en una palabra, todos los estamentos sociales pregoneros de que aún alienta el espíritu religioso, y de que todavía las fuerzas vivas del país se mueven al impulso de un sentimiento de carácter sobrenatural, exteriorizado a la vez en el tributo de veneración prestado a un trofeo piadoso, y en una muestra de adhesión explícita a la más calumniada de las Ordenes regulares.

"Con este acto solemne se rindió homenaje a la gloriosa espada que esgrimió en sus manos el heroico capitán que, al caer herido en el sitio de Pamplona, trocó sus destinaciones, ofreciéndosela, al cabo de poco tiempo, a la celestial Reina de nuestras montañas, que al aceptarla le dió una especie de inmortalidad que de otro modo no hubiese tenido.

"Por esto no son de extrañar las vivas ansias con que los Padres de la Residencia de esta Capital anhelaban la posesión del arma tan codiciada. Y es porque, como decía el elocuyente orador que con palabra insinuante cautivó al auditorio, la Espada de San Ignacio es Santa por haberla regado con su sangre el bravo capitán; por haberla humedecido con sus lágrimas el esforzado penitente, y por haberse dignado aceptarla la Reina de los Angeles, que al donarla luego a la Compañía le entregó, como dijo el orador sagrado, una espada de dos filos, el de la predicación y el del buen ejemplo con cuyo manejo conquistaría almas para Dios, y se atraería las bendiciones de lo alto, el amor de los buenos y el odio de los malos". (*Relación solemne de la solemne entrega de la Espada de San Ignacio*).

Las limosnas ofrecidas espontánea y espléndidamente por las familias de Barcelona cubrieron desde el principio los gastos cuantiosos de tan espléndida fiesta en tal manera, que se pudo encargar a los célebres arquitectos Antonio Gaudí,



Vela de las armas de Cristo

Cuadro al óleo del H. Martín Coronas, S. J., existente en la Iglesia de Montserrat

Enrique Sagnier y Bernardino Martorell, allí presentes, la confección de la preciosa urna de bronce dorado y cincelado primorosamente según el diseño de D. Bernardino Martorell. De la urna dicha sólo queda en la actualidad una placa del mismo metal, en cuyo reverso está la vaina de la espada, que es de setín encarnado, bordada de oro; y en cuyo anverso se lee con primorosos caracteres góticos esta inscripción:

S. P. IGNATIUS. IN. ARAM. B. M. V. DE. MONTE.
SERRATO. GLADIVM. HIC. CLAV. SVM DEPOSUIT.

Por una gracia especialísima de Dios, salvóse del terror marxista, cerrada y sellada sin violación ninguna, la caja tubular que guarda la Santa Espada en casa de la Excm. señora Baronesa de Esponollar, gran devota de nuestro Padre San Ignacio; por lo cual, a ella y a toda su familia, los hijos de San Ignacio les quedan eternamente agradecidos.

Festividad del 2.º día de Pascua del Espíritu Santo, en la que cayó Iñigo de Loyola herido en Pamplona (1521).

Juan Creixell, S. J.



EL CATOLICISMO DE BOLIVAR

Recibimos con la satisfacción que representa el ver así patentizado el interés por nuestra Revista y el deseo de completar los trabajos en ella expuestos, el artículo que a continuación publicamos debido a la autorizada pluma de don José Ignacio Vernaza, Académico de la Historia en Colombia y ex Ministro de Educación del propio país.

Como ya decíamos en la «Advertencia previa» del número 27 de nuestra Revista no pretendemos ser maestros infalibles ni perfectos definidores; al contrario, siempre aceptaremos con gusto cuantas observaciones se hagan sobre errores o imperfecciones en que hayamos podido incurrir.

Aun cuando no cambia en lo esencial el fondo de cuanto afirmábamos, esto es, la nefasta acción de las sectas en los difíciles momentos que al iniciarse el siglo pasado atravesó nuestra Patria, a las que estaban afiliados no sólo destacados caudillos de la Independencia americana, sino también gran parte de los dirigentes y gobernantes de España, con sumo gusto publicamos los datos que en el artículo de referencia se contienen sobre aspectos diversos de la vida del «Libertador» Simón Bolívar.

Ausente por completo toda parcialidad en el juicio histórico expuesto en nuestro número 46, pues precisamente, con esa idea, aparte otras obras, quisimos documentarnos en la de un americano, el Dr. Navarro y Lamarca de la Universidad de Buenos Aires, creemos que no fué casual ni impremeditada la filiación de Bolívar en la masonería. Así debe entenderlo precisamente la secta cuando hace poco reclamaba tomar parte oficial en los actos a celebrar con motivo del centenario. Si luego salió de su error, el lector podrá deducirlo tras la lectura de las siguientes líneas.

En la revista CRISTIANDAD, que se edita en Barcelona, hemos encontrado un artículo sobre el "Fin del Imperio español en América", en el que se emiten conceptos sobre Bolívar, que no podemos dejar correr en silencio

Minúscula nota biográfica, escrita con ojeriza hacia nuestro Libertador, en que el articulista hace resaltar el influjo que tuvieron las logias masónicas de Europa sobre la independencia americana. Se afirma allí que Bolívar prestó juramento en la logia Lautaro o de los caballeros racionales de Cádiz, comprometiéndose a defender la libertad en el Nuevo Mundo. Que luego es iniciado en las logias de París y hace allí "vida de libertinaje y diversión", para después ratificar en Londres el juramento hecho en la filial de Cádiz, ante la logia central de Grafton Square.

Del juramento hecho por Bolívar sobre el Monte Sacro ante la Roma de todos los siglos, no se hace mención.

No sin cierta pequeña satisfacción termina el autor diciendo que el que tanto combatiera a los españoles, por ironía del destino, agotado y abandonado de todos, fué acogido en sus últimos días por un ciudadano español en su quinta, cerca a Santa Marta, en donde rindió su alma el 17 de diciembre de 1830. Y le faltó agregar: con todos los auxilios de nuestra santa religión, lanzando al mundo americano un lamento de dolor que aún estremece a los hombres libres; y tan pobre que no tenía ni camisa para cubrir sus flácas carnes. Así mueren los redentores. ¡Sólo Cristo murió más pobre!!!

Nosotros sabemos perfectamente que Bolívar, como San Martín y Miranda pudieron afiliarse en varias logias de Europa cuando soñaban en libertar la América y buscaban el apoyo de las poderosas naciones que, como Inglaterra, se lo facilitaron, no tanto por ver libre al Nuevo Mundo, cuanto por aminorar el poderío español. Pero tampoco ignoramos que mientras Francia invadía a España y Napoleón omnipotente tronizaba su familia en la madre patria, al amparo y traición de los "afrancesados", la religión fué víctima de los peores ultrajes, lo que sirvió a la maravilla en América para entendernos con la Santa Sede, merced al genio previsor de Bolívar.

En el curso de toda la contienda, Bolívar en su magna labor, ni fomentó las logias, ni fué su instrumento y menos las favoreció. Fué, pues, un malísimo masón. Todos sabemos que siendo ya el Presidente de la Gran Colombia, condenó esas logias y ordenó su disolución por medio de un decreto especial.

La libertad de América, por lo que hace a la Nueva Granada, en nada dependió de la masonería, entre otras razones porque los principales caudillos entre nosotros, jamás recibieron imposiciones suyas. Eran hombres sinceramente respetuosos de un pueblo de arraigadas convicciones católicas y de una fe que no se entibió nunca. Tampoco habrían logrado nada si hubieran tratado de infiltrar en estos pueblos el virus de la irreligión: la influencia católica de España, ejercida por medio de su clero y sus celosos mandatarios, era completa y la cruz señoreaba todos estos países. El protestantismo y las falsas ideas no tuvieron cabida en nuestra sociedad, ni en las horas más violentas de la lucha contra España. Y no sólo entonces: cuando ya éramos libres y la república daba sus primeros pasos, el grupo de ideólogos que en Bogotá logró imponer en los colegios de segunda enseñanza las teorías utilitaristas de Bentham, no fué secundado por los padres de familia y Bolívar prohibió la enseñanza benthamista, que él no había implantado.

Pero el asunto de mayor trascendencia que se presentó a Bolívar en la constitución de las nacientes repúblicas, fué el de las relaciones con la Santa Sede. Las colonias españolas no dependían de la Sede Romana en su elección jerárquica, sino de la Corte de España. Era esta la que se entendía directamente con la Iglesia en el Nuevo Mundo y el Rey nombraba los Obispos y dignidades con sujeción a tratados públicos. El llamado "Patronato Real", fué privilegio de los monarcas de la Península y por él tenían intervención ilimitada sobre toda la jerarquía y comunidades de religiosos en América.

El clero en su casi totalidad era español. ¿Y cómo iban los Obispos a fomentar las relaciones con la Santa Sede si esto implicaba, hasta cierto punto, una traición a su Rey? Ni el Plenipotenciario de la Gran Colombia, Francisco Antonio Zea, ni los Delegados del Congreso de Angostura, lograron ser oídos en la Corte Pontificia. Era muy grave para ésta pasar sobre los Obispos y más todavía desagradar al Rey. Pero la diplomacia del Vaticano también se encontraba en una tremenda dificultad, no ocultándosele el peligro que corrían estos pueblos por la pugna entre sus libertadores y sus rectores espirituales. Las Sedes de Colombia, Ecuador y Venezuela estaban reducidas a sólo 3 Obispos: el de Popayan, el de Mérida y el de Panamá, todos ellos decididos realistas.

Bolívar comprendía que el divorcio espiritual del patriótico, en pueblos tan católicos, perjudicaba los firmes anhelos

de la causa republicana. Libre Colombia después del triunfo de Boyacá, en 1821, llegó a Mérida en Venezuela, cuya diócesis estaba regida por Monseñor Lasso de la Vega. Este Obispo había publicado recientemente una pastoral contra los patriotas y excitado a los curas a que no atendiesen a ningún republicano.

En aquellos días llegaron noticias de la persecución religiosa desatada en España contra el clero y el Libertador, muy inteligentemente, se las dió a conocer al Obispo, colocándolo en un terreno de vacilación. Además, por las venas del mitrado corría sangre americana y Bolívar, con la intuición del genio, supo aprovechar este estado de ánimo para insinuarle que lo recibiera cuando llegase a Mérida. El Obispo le envió una nota en que decía al Libertador "que lo recibiría, pero en la puerta de la iglesia". Allí se presentó Bolívar, "teniendo yo el mayor gozo (dice el Obispo) de verlo edificar a todo el pueblo, arrodillándose a besar la Cruz y luego en las gradas del presbiterio, hasta que, concluidas las plegarias, di solemnemente la bendición". En entrevista que posteriormente celebraron, declaró el Obispo a Bolívar que los atentados que estaban cometiendo las Cortes de España contra la Iglesia, lo habían inclinado a la causa republicana y agregó: "*Aborrezco más a los liberales de España que a los patriotas*, porque aquéllos se han declarado contra las instituciones eclesiásticas y éstos las respetan".

Y aquí principia la habilidad del diplomático: por insinuación de Bolívar, el Obispo comunicó a Pío VII estas ideas y desde este momento se jalonó en firme lo que vendría después: el reconocimiento de estas greyes, pues era imposible que el Padre de todos los creyentes las abandonase. También sus hijos de América hacíamos parte de su reino espiritual y era un deber, con esta porción de su rebaño, velar y cuidar de él, pasando sobre odiosas prevenciones.

Si el Libertador de estas patrias hubiera sido un hombre sin ideas católicas, influenciado por logias o Gobiernos extranjeros, es más, si por represalia contra la España católica desprecia la religión de sus mayores e implanta un protestantismo oficial, bien fácil le habría sido imponerlo a la larga, contando con el ascendiente y poder de que era dueño sobre el pueblo y sobre sus soldados. Pero no, Bolívar era y fué toda su vida católico, dió pruebas inequívocas de ello y como tal murió. Su inscripción en las logias no pasó de ser una de esas conveniencias del momento, en pro de la causa de la libertad. De Miranda no sostendríamos otro tanto; de San Martín opinamos lo mismo que sobre Bolívar.

El caso con el Obispo de Popayan es todavía más interesante. Este Prelado fué de los mayores enemigos que tuvo la causa patriota, por su fidelidad al rey. No transigió jamás con los insurgentes y huyó a Pasto cuando Bolívar triunfó en Boyacá y llegaron a su Diócesis los primeros derrotados. Ayudó con sus rentas a equipar las fuerzas realistas y publicó un edicto en que excomulgaba a cuantos feligreses suyos prestasen apoyo a los republicanos. Firmado el armisticio entre Bolívar y Morillo, influyó para que se cumpliera religiosamente; pero roto en 1821, nuevamente estimuló a los realistas, reaggravado su odio con la suspensión que le hiciera Santander pasando sobre los cánones conductas que aprobó el Congreso de Cucutá como represalia.

En estos momentos llegaba Bolívar a Cauca, con sus huestes victoriosas. Comprendió lo que en todo el Sur, sobre el cual iba a abrir campaña, significaba la influencia del Obispo Jiménez de Enciso y resolvió ganarlo para su causa. Temerario era el intento con aquel Prelado tan definido, tan leal, tan valeroso y, sobre todo, tan español: ¡Pero qué no intentaba Bolívar! Le dirigió una carta fechada en Popayan el 31 de enero de 1822, y que principia así: "Jamás había pensado dirigirme a V. I., pues estaba persuadido de que mi decoro sería ofendido por la respuesta que hubiera recibido; pero todo ha cambiado y V. I. misma debe haber cambia-

do. Cuando nuestros Gobiernos republicanos, por su demasiada libertad, parecían amenazar a la Iglesia y a sus Ministros y aún a las leyes santas que el cielo nos ha puesto para nuestra dicha y salvación, V. I. con algún género de justo temor, prefería la obediencia de un Gobierno absoluto y fuerte a un Gobierno laxo por su naturaleza y también frágil por su estructura. La revolución de España ha pesado tanto en la balanza de este equilibrio religioso que todo el temor se ha cargado sobre la conciencia de los españoles europeos y toda la seguridad se ha unido a la conciencia de los republicanos de América." Luego le da cuenta de que tanto el Obispo de Mérida como el de Panamá se han unido ya a la causa americana, otro tanto han hecho el Arzobispo de Lima y el Obispo de Puebla en Méjico, y termina diciéndole: "Al ver brotar del fondo del infierno un torrente de maldición y de crimen, arrollando y asolando todo en la Iglesia española, el Obispo de Puebla no pudo salvar la suya (su diócesis) si no poniendo el mar entero entre Méjico y España. Si V. I. estuviera en comunicación con el Gobierno español y hubiese recibido esas fulminaciones atroces, dictadas por el desenfreno de una impiedad sin límites, V. I. sería otro Obispo de Puebla."

El Obispo de Popayán nada contestó.

El Libertador avanzó con su ejército, tomó los riscos de Cariaco y entró vencedor en Pasto, mientras el Mariscal Sucre ganaba la batalla de Pichincha y libertaba el Ecuador. Todo el Sur, desde Pasto, estaba cogido dentro de una tenaza.

El mitrado español era todo un hombre y en lugar de huir permaneció en Pasto. Dirigió al Libertador una carta en que le invocaba la seguridad personal que le había ofrecido y siendo invariable en los principios de su fidelidad para con la nación de quien dependía y por motivos poderosos que lo asistían de conciencia, le pedía la gracia de darle un pasaporte para regresar a su país, en donde sólo apetecía vivir retirado en el rincón de un claustro para concluir sus días en tranquilidad y reposo. También le comunicaba haber renunciado ya su Obispado, pero le ofrece sus influencias para ser útil ante Roma, bajo la seguridad de que es hombre de honor y de carácter y no faltará a sus promesas, haciendo cuanto pueda en favor de estos pueblos, a quienes ha amado desde su juventud y los amará hasta la muerte.

Esta nota está fechada en Pasto el 7 de junio de 1822.

Responde el Libertador con un admirable documento de Estado. Es la fe del cristiano que se levanta sobre las miserias de una guerra y antepone al odio y conveniencias políticas y sociales los brazos siempre abiertos de la cruz salvadora y quiere asegurar en ella la paz; lo que no se ha hecho ahora por esa Europa tan llena de odio y lejos del verdadero cristianismo, por más que el Supremo Jerarca de la Iglesia se empeñe en cimentar la paz en Cristo. Bolívar habla con un sentido ecuménico tan hondo y verdadero, que el indomable Prelado se rinde ante quien llama "generoso guerrero y pacífico conquistador".

"Yo soy, le dice, el primero I. S. en tributar mi entusiasmo a todos los personajes célebres que han llenado así su carrera hasta el término que les ha señalado la Providencia; pero yo no sé si todos los hombres pueden entrar en la misma línea de conducta sobre una base diferente. El Mundo es uno, la religión es otra. El heroísmo profano no es siempre el heroísmo de la virtud y de la religión. Un guerrero animoso, atrevido y temerario es el contraste más chocante con un pastor de almas. Catón y Sócrates mismos, los seres privilegiados de la moral pagana, no pueden servir de modelo a los próceres de nuestra sagrada religión. Por tanto, I. S., yo me atrevo a pensar que V. S. I. lejos de llenar el curso de su carrera religiosa en los términos de su deber, se aparta notablemente de ella, abandonando la Iglesia que el cielo le ha confiado, por causas políticas y de ningún

modo conexas con la viña del Señor. Por otra parte, I. S. yo quiero suponer que V. S. I. está apoyado sobre firmes y poderosas razones para dejar huérfanos a sus mansos corderos de Popayan; más no creo que V. S. I. pueda hacerse sordo al balido de aquellas ovejas afligidas y a la voz del Gobierno de Colombia que suplica a V. S. I. que sea uno de sus conductores en la carrera del cielo. V. S. I. debe pensar cuántos fieles cristianos y tiernos inocentes van a dejar de recibir el sacramento de la confirmación por falta de V. S. I.; cuántos alumnos de la santidad van a dejar el augusto carácter de ministros del Señor, porque V. S. I. no consagra su vocación al altar y a la profesión de la sagrada verdad."

Termina con una verdad de estupendo alcance: "Sepa V. S. I. que una separación tan violenta en este hemisferio, no puede sino disminuir la universalidad de la Iglesia Romana y que la responsabilidad de esta terrible separación recaerá muy particularmente sobre aquellos que, pudiendo mantener la unidad de la Iglesia Romana, hayan contribuido con su conducta negativa a acelerar el mayor de los males que es la ruina de la Iglesia y la muerte de los espíritus en la eternidad".

El Obispo respondió sometiéndose y diciendo al Libertador que lo habían convencido las poderosas razones alegadas en bien de la Iglesia de Colombia. Entonces informó a Roma sobre el estado de la Iglesia en nuestro país, hasta que, iniciadas las relaciones bajo el Pontificado de Pío VII culminaron en las de León XII.

Por estas someras explicaciones que no pueden entrar en mayores detalles históricos, porque nos haríamos muy extensos, creemos haber demostrado que las despectivas apreciaciones sobre nuestro Libertador ni son justas, ni atemperadas a la verdadera crítica histórica. La gloria de la emancipación americana no puede depender de un simple accidente con unas logias de Europa, como lo ha querido dar a entender el autor del artículo que glosamos. Lo restante de él está en un todo de acuerdo con nuestra ideología.

Si en Flandes se puso el sol para España, en estos pueblos de América no se ha puesto el sol de la fe, bella herencia que nos dejó la Madre, ni se pondrá nunca.

Cali, agosto 21 de 1946.

José Ignacio Verraza.

La conspiración del silencio

I

Vivir en el Reino de Dios, ha dicho Su Santidad el Pontífice felizmente reinante, "equivale en nuestros días a tener que luchar con oposiciones y obstáculos vastos, profundos y minuciosamente organizados, como jamás lo fueron en tiempos anteriores" (1).

¿A qué obstáculos y oposiciones se refiere el Papa?

Como las mismas fuerzas que están coaligadas contra la Verdad, son aquellos diversos y presentan una gama variadísima en la que caben los más opuestos matices.

Muchas veces la oposición contra la Iglesia de Dios se disimula bajo fórmulas estudiadas de una solicitud *excesiva* hacia el cristianismo, e incluso hacia la propia Iglesia. Otras, por el contrario, es de signo totalmente opuesto. Tratan de quitar importancia a doctrinas heréticas formalmente condenadas exponiendo solamente los puntos menos trascendentales de aquellas y disimulando en vano su intrínseca maldad con la persistente invocación de una mal entendida fraternidad cristiana. Es la labor de aquellos que "levantan sin ninguna moderación, con perpetuas alabanzas a todos los que con ellos consienten; sus libros, llenos por todas partes de novedades, recibenlos con grande admiración y aplauso; cuanto uno más atrevidamente destruye lo antiguo, rehusa la tradición y el magisterio eclesiástico, tanto le celebran por más sabio. Finalmente, ¡oh cosa que pone horror a todos los buenos!, si la Iglesia condena a alguno de ellos no sólo se aúnan para alabarle pública y copiosamente, sino llegan a tributarle casi la veneración de un mártir de la verdad". (2).

En el fondo ambos sistemas pretenden crear—y lo más lamentable es que a veces lo logran—un estado de desorientación y confusión en el ánimo de las gentes, sirviéndoles admirablemente para este empeño, la colaboración quizá inconsciente de muchos que por su especial significación o influencia son seguramente los más peligrosos.

En ocasiones la oposición es más descarada, mostrando a la luz del día su odio a la Iglesia, contra la cual se lanzan ininterrumpidamente, en una batalla fría, tenaz, encarnizada. Pero en muchos casos, los enemigos de Dios se sirven de una táctica más sutil, y por ello tal vez más terrible; se limitan a crear el vacío usando de su arma predilecta: el silencio. Silencio alrededor de las obras buenas; silencio sobre la perversidad militante que se oculta en la sociedad.

Importancia de las fuerzas secretas

Muchos ejemplos podríamos traer a colación sobre los métodos de lucha de que hemos hablado, pero ello nos desviaría de lo que constituye la intención principal del presente artículo. Nos limitaremos a tratar del mencionado en último lugar, de la "conspiración del silencio"—según frase de Pío X y Pío XI—cuya fórmula de oposición consiste en olvidar prácticamente la existencia de la Iglesia; ignorar las persecuciones de que es víctima en muchos países, desfigurar la verdad con toda clase de argucias y falacias, tergiversando todas cuantas noticias pudieran facilitar a los pueblos una visión exacta de lo que ocurre en el Mundo. Sus instrumentos son principalmente la Prensa y, por extensión, la Radio.

No olvidemos un detalle importantísimo: Ese absoluto silencio, esa tergiversación de los hechos, no se deben a iniciativas aisladas e inconexas, sino que responden a un plan de largo alcance, impulsado por elementos externamente contrapuestos, pero que tienen su base de unión en las sociedades secretas, verdaderos arcanos desde los cuales se maquina "la ruina de la Santa Iglesia" y la destrucción de "todo el orbe religioso y civil establecido por el cristianismo, levantando a su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacadas de las entrañas del naturalismo". (3).

(1) Pío XII. Encíclica *Summi Pontificatus*.

(2) Pío XI. Enc. *Pascendi Dominice gregis*.

(3) León XIII. Enc. *Humanum genus*.

Esa organización "profunda y minuciosa" fué denunciada ya, como apuntábamos, por el anterior Pontífice de gloriosa memoria, S. S. Pío XI, cuando refiriéndose a las facilidades que recibe el comunismo para su mayor difusión y propaganda, señalaba como directamente responsable de las mismas a un importantísimo sector de la prensa.

"Una tercera y poderosa ayuda de la difusión del comunismo —decía el Papa Pío XI— es esa verdadera conspiración del silencio ejercida por una gran parte de la prensa mundial no católica. Decimos conspiración porque no se puede explicar de otro modo el que una prensa tan ávida de poner en relieve aun los más menudos incidentes cotidianos, haya podido pasar en silencio durante tanto tiempo los horrores cometidos en Rusia, en Méjico y también en gran parte de España, y hable relativamente tan poco de una organización mundial tan vasta cual es el comunismo moscovita. Este silencio se debe en parte a razones de una política menos previsora y está apoyado por varias fuerzas ocultas, que desde hace tiempo tratan de destruir el orden social cristiano" (4).

La obra de la Revolución

¿Cómo podría explicarse esta aparente indiferencia del mundo "capitalista" frente a la propaganda bolchevique (al comunismo se refería concretamente el Papa), si no recordáramos las concomitancias profundas de las sectas con la Revolución?

"Asesinad cristianos en Méjico, en España, en Rusia —ha dicho un conocido escritor—; eso no tiene importancia, no lo transmiten nuestras agencias ni lo publican nues-

(4) Pío XI. Enc. *Divini Redemptoris*.

tros diarios. Atropellad a un judío en Alemania o en Polonia, y escucharéis la grito del mundo: intolerancia, pogrom, antisemitismo. Y el mundo, que no ha llorado el martirio de un millón de cristianos en Rusia, rasgará sus vestidos porque a un profesor israelita le han quitado en Berlín una cátedra, o porque en Buenos Aires a un rufián judío lo han echado del país." (5).

Esto es lo que ha venido sucediendo en casi todo el mundo. Visión interesada de los hechos. Silencio sobre todo lo que puede ser contraproducente para los fines sectarios.

Pero hoy día, ¿no vemos seguir parecida táctica a un número incalculable de publicaciones? ¿No nos es dado poder contemplar la indiferencia, consciente en gran parte, conque se contempla el avance de la Revolución?

Si no tuviéramos en cuenta las anteriores premisas, no podría ciertamente explicarse tal actitud. Pero si consideramos en su exacta realidad la importancia del mundo soviético como etapa decisiva hacia un nuevo orden mundial, hacia la implantación de una República universal, sueño dorado de la masonería, comprenderemos mejor el porqué de la "conspiración del silencio".

Olvidar la obra de las sectas sería tanto como renunciar al conocimiento de la verdad histórica, a la realidad de todos los días.

¿No ha sido precisamente Albert Lantoiné el que ha afirmado que la finalidad de la secta masónica es "construir insensiblemente una República universal y democrática en la que la reina será la Razón y el Consejo Supremo la Asamblea de los sabios"? (6).

José Oriol Cuffi Canadell.

(5) Hugo Wast. *Oro*.

(6) Véase CRISTIANDAD, número 11, pág. 263. (Tomo I).

NOTA BIBLIOGRÁFICA

"HISTORY OF JESUITS"

La presente obra: "El Origen de los Jesuitas", del Padre Brodrick, S. J., es ni más ni menos que lo que anuncia su autor en el prólogo, a saber: la primera entrega, o compendio de una historia de los Jesuitas, mucho más extensa, cuya publicación se ha visto frustrada por las actuales circunstancias. Como compendio, pues, ha de recibirla el lector; como escenas de un drama sublime, pinceladas magistrales, que dejan entrever lo que será el cuadro, cuando el autor nos lo presente en su totalidad.

El valor histórico del libro es elevadísimo; ya que, basándose en las mejores fuentes de información y sobre el fondo grandioso y real que se extiende desde los Castillos de Loyola y de Javier hasta las Indias Orientales y el Japón, pasando por Tierra Santa, Trento y Roma, nos presenta a los personajes tales como son, con sus virtudes y sus debilidades, héroes y hombres, no legendarios, sino humanos, distinguiendo la leyenda de la historia, la obra de la mano de Dios y la deficiencia de los instrumentos, la divergencia de los caracteres y la unión de la caridad.

La "leyenda negra" creada en torno a los orígenes de la Compañía de Jesús y transmitida por historiadores protestantes, se ha cebado especialmente en la persona del santo Fundador, en quien nos hace ver a un bloque de hielo, un cuerpo sin alma, una mente sin corazón. El P. Brodrick sale al paso a semejante deformidad, describiendo a sus Hermanos con amor fraternal y a su santo Padre, con cariño de Hijo, pero sin claudicar un momento de la veracidad de his-

toriador. En la última parte de la obra, hace resaltar la persona del Santo Fundador, tan desfigurada en autores protestantes y con frecuencia en historiadores católicos, influenciados por las crónicas de la Falsa Reforma. En esta obra aparece Ignacio lo que era en realidad: el padre severo que no transige con los defectos de sus hijos y la madre cariñosa que se desvive por atenderlos y complacerlos.

Son dignas de notarse las comparaciones que establece el autor, entre San Ignacio y otros Santos y Fundadores. Al comentar la devoción que el Santo profesaba a San Pedro, dice que la razón debió ser porque Ignacio reconocía en el Príncipe de los Apóstoles una alma de hermano; y, comparándolo con la Santa Reformadora del Carmelo, dice que, a pesar de las divergencias de carácter, de clima y de expresión, Ignacio y Teresa, eran, como místicos, hermano y hermana.

No faltan tampoco en la obra, anécdotas históricas y pintorescas, que hacen más amena su lectura. Tal es, por ejemplo, lo que refiere acerca del jovencito, Pedro de Ribadeneira, tan desestimado de los demás Padres, por sus travesuras, y tan certeramente apreciado por el Padre Ignacio, quien supo adivinar a través de aquel exterior de picaruelo, al que con razón se había de llamar el evangelista de los primeros años de la naciente Compañía.

Hay en el decurso del libro pormenores puramente legendarios y aun algunos históricos que bien podían haberse

omitido; ya que, para poder apreciarlos en su justo valor necesitan explicaciones, que no pueden darse, en atención al carácter compendioso de la presente obra.

Loable es el interés del autor en citar textos originales en castellano y en traducirlos literalmente al inglés, y, aunque alguna vez no ha sido del todo afortunado en su intento, prueba la sinceridad del historiador que describe con

todos sus rasgos a sus personajes, a fin de transmitirnos una idea completa de su naturaleza y de su caracteres.

Conocimiento pleno de los documentos referentes a los orígenes de la Compañía y sinceridad en la narración son las cualidades principales de este libro, y, por las cuales merece el P. J. Brodrick, S. J. los plácemes de todo lector imparcial y desapasionado.

Francisco Bona, S. J.

Noticiario quincenal

La jerarquía alemana celebra su tradicional reunión en Fulda

Fulda, Alemania, agosto 28 (NC.) — Tres Cardenales y 21 Arzobispos y Obispos de Alemania discutieron en su reciente Asamblea celebrada en esta ciudad, diversos asuntos relacionados con la administración militar aliada y los problemas espirituales de sus fieles.

Las discusiones giraron alrededor de las cartas que durante julio enviaron al Consejo Aliado en Berlín, los Eminentísimos Cardenales Miguel von Faulhaber, Arzobispo de Munich y Freising, José Frings, Arzobispo de Colonia, y Konrad Groeber, Arzobispo de Friburgo de Brisgovia.

La primera de las cartas concernía a la triste suerte de los prisioneros católicos alemanes en poder de Rusia, que se encuentran privados de toda asistencia espiritual.

La segunda misiva denunciaba los casos frecuentes de ex prisioneros de guerra que después de ser puestos en libertad por los estadounidenses, eran concentrados de nuevo en los campos apenas llegados a sus casas en la zona de ocupación francesa.

El tercer documento se refería a los archivos completos del Ejército alemán, descubiertos por las tropas estadounidenses, y que los Jerarcas consideran valiosos para conocer la suerte de muchos combatientes y comunicarla a sus familias, que en la mayoría de los casos se encuentran en amarga incertidumbre; durante los caóticos momentos que precedieron a la caída del Reich, los oficiales encargados de las notificaciones no pudieron cumplir su cometido.

Los Obispos opinan que muchos matrimonios dependen de los archivos, como prueba de la muerte del primer marido. Las autoridades aliadas, empero, quieren quemar los documentos, por considerarlos como "germen de guerra"; al presente se han entablado negociaciones para impedirlo.

En cuanto a los casos de arresto en la zona francesa, los aliados pidieron que los Obispos señalen los casos concretos, pedido que éstos aceptaron para proceder a la investigación correspondiente.

En cuanto a la asistencia espiritual para los prisioneros de la zona rusa, no pudo obtenerse nada satisfactorio.

Otro de los grandes problemas que trataron los Obispos, fué el de la migración de millones de refugiados alemanes cuya afluencia continúa desde el Este hacia las zonas occidentales y meridionales de Alemania.

Los Jerarcas quisieron enviar por intermedio del Lugarteniente General Lucius D. Clay, Gobernador Comisionado de Estados Unidos en Alemania, un memorándum al Presidente Harry S. Truman, en que describían la patética suerte de los refugiados, y solicitaban auxilios para ellos. El

General Clay no dió curso a la solicitud, respondiendo que las autoridades aliadas hacían ya todo lo posible por trasladar las poblaciones en forma ordenada y humana, con la provisión necesaria de alimentos.

La Santa Sede, por otra parte, nombró "Obispo Refugiado", al Excmo. Mons. Maximiliano Kaller, con sede en Frankfurt; su diócesis cae en el territorio ocupado por los rusos.

La conferencia de Fulda trató además problemas relacionados con la beneficencia y las escuelas católicas.

Se convierte a la Iglesia una prima de Churchill

Roma, agosto 29 (NC.) — La señora Clare Consuelo Sheridan, escultora, autora y viajera, prima hermana del ex Primer Ministro inglés Winston Churchill, fué recibida en el seno de la Iglesia Católica. La señora Sheridan recibió el bautismo y la comunión en la ciudad de Asís, haciéndose miembro de la Tercera Orden Franciscana.

Fallece en Beuron un célebre monje pintor

Friburgo de Brisgovia, agosto 30 (NC.) — Don Willibrord Verkade, O. S. B., internacionalmente conocido autor de los libros "El ayer de un Monje-Artista" y "En busca de la Belleza", murió en el monasterio benedictino de Beuron a la edad de 77 años.

Nativo de Holanda, viajó por Italia y Francia como pintor. Se convirtió al catolicismo e ingresó a la comunidad benedictina de Beuron; fué compañero del ya muerto Padre Desiderius Lenz, O. S. B., fundador de la famosa escuela de arte de Beuron.

La literatura católica encuentra en Tokio demanda extraordinaria

La demanda de literatura católica y el atractivo que en el Japón ejercen hoy los grandes santos modernos, se evidenciaron por la rápida venta de la nueva edición de la Santa Teresita del Niño Jesús, primer libro católico aparecido aquí desde que concluyó la guerra. En la primera semana de su publicación, se colocaron 3.000 ejemplares del nuevo libro, de 350 páginas. Las librerías no católicas en Tokio, tomaron dos mil e hicieron después un pedido adicional, que no pudo satisfacerse; la Librería Protestante de esta ciudad adquirió 300 ejemplares. Durante muchos meses no ha sido posible para los católicos de esta capital disponer de nuevos libros del Nuevo Testamento; su demanda es enorme, pero la carestía de papel impide satisfacerla. *Entre tanto, de los Estados Unidos han llegado 100.000 ejemplares de la Biblia para los protestantes japoneses.*

Cuevas de Artá

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas
Cuevas de Artá

“Civilización”

REVISTA TRIMESTRAL ARGENTINA

Charcas, 1821

BUENOS AIRES

Revista
JAVERIANA

Editada
por la
Pontificia Universidad
Católica Javeriana
de
BOGOTÁ (Colombia)

LUMEN

Revista de Cultura do Clero



Redacción: Campo dos Martires da Patria, 43

Administración: Rua Capelo, 5, 2.º E.

LISBOA